III

EL HOMBRE CRIMINAL DE LA SOCIOLOGÍA

§ 1.º—La influencia irresistible del medio

Nos resta estudiar, aunque sea brevemente, las observaciones de los sociólogos, que consideran al criminal fatalmente influído por el *medio ambiente* en que vivé, esto es, por la sociedad.

Lacassagne, profesor de Lyon, admirador primero de los progresos craneométricos y bizarro adalid después

contra el tipo lombrosiano, levanta bandera por el *medio social*, que designa "como el caldo donde fermenta el microbio del delincuente„ (1).

A la sombra de esta bandera pelean nada escasos partidarios: Kocher, Bournet, Raux, Corre... constituyendo, como insinúa Laurent, la escuela criminalista lugdunense (2). Y ya antes

(1) Todas las escuelas modernas tienen antecesores más ó menos declarados, y á ésta se les señala por tales á Holbach, Quetclet, Büchner y Jonillie.

(2) También se pueden incluir en esta escuela á Tarde, que escribió la obra: *Criminalité comparée* y *Philosophie pénale;* además á Manouvrier, que niega el *atavismo;* M. Magnan, que es uno de los mejores alienistas de Europa, Colajanni, Féré *(Dègènèrescence et criminalitè,* 1888).

Lacassagne fundó en Lyon los *Archivos de la Antropología criminal.* Publicó también *La Criminalité chez les animaux* (Lyon, 1882), estampada antes en la *Revue Scientifique* de Enero de 1882. Estudió además el tatuaje de los criminales y promete un estudio completo de los mismos. Bajo la inspiración de Lacassagne, escribió Laurent sus *Les habitués des prisons de*

hemos observado las inclinaciones que por la nueva hipótesis sienten Ferri y muchos italianos. Más escrupulosa esta escuela que la de Turín, así en la exactitud de los datos como en las deducciones, desciende á la práctica con la mira de atajar los gérmenes del vicio, y propone sus remedios, á las veces injustos é inhumanos, de puro enérgicos y radicales.

Esta nueva fase del estudio antropológico es más sutil y vaga; y por tanto, rehuye fácilmente de los golpes contundentes de la lógica: á la parte científica anterior, estribada sobre hechos, números y medidas, la elocuencia irrecusable de otros datos exactos la desbarataba á ojos vistas; ahora se presentan apreciaciones algo más difíciles de precisar y desvanecer; pero, al fin, no es preciso examinar y medir cráneos de reos; el laboratorio de examen

París, obra á la cual puso el prólogo Lacassagne. Emilio Laurent pertenece á la escuela de Lyon.

lo tenemos á la mano, y los razonamientos aducidos no se elevan tampoco sobre el alcance de las personas medianamente ilustradas. ¿Qué digo? Pasmados se quedarán muchos lectores de que tales ocurrencias broten de la cabeza de los sabios (1).

(1) No dejan estos sociólogos, á fuer de positivistas, de apelar contínuamente á la experiencia, y para ciertas deducciones, las estadísticas serias fallan los pleitos; pero es indudable que *filosofan* más de lo que creen.

También yo, en esta parte de la sociología, deseo comprobar los conceptos con las lecciones de la experiencia, y en la imposibilidad de aducirlas por mi cuenta, me es grato presentarlas recogidas por un probo y reflexivo Magistrado, que á los documentos de la filosofía y la historia y los juicios de lós autores modernos, añade el fruto de su larga y aprovechada carrera. Tal es M. Luis Proal, en su obra *El Delito y la Pena*, premiada por la Academia francesa, y vertida á nuestro romance, con prólogo del traductor, por D. Pedro Armengol y Cornet, Magistrado y ponente oficial en los Congresos Penitenciarios de Stokolmo, Roma y San Petersburgo.—Barcelona, 1893.

El profesor de la Universidad de Oviedo don

Atribuyen los sociólogos el origen de la delincuencia humana principalmente á la *imitación*, á la *miseria* y la *ignorancia*.....

Si á estas causas se le reconociera su carácter propio, y en la esfera y modo en que pueden ejercer su influencia, no había por qué entablar controversia. Pero es el caso, que dominados del *positivismo* estos autores, no ven más que organismo físico en la sociedad, é instrumentos materiales y fatales en los hombres. La eficacia, por tanto, de las causas enumeradas, es para ellos necesaria é irresistible, como la de una ley

Félix Aramburu publicó en 1837, con el título de *La Nueva Ciencia Penal*, unas conferencias brillantes, de nervio oratorio y erudición selecta, defendiendo las teorías espiritualistas. ¡Cuánto sentimos que el carácter de amplificación exigido por la oratoria no nos diera más condensada su doctrina, para aducirla nosotros, que buscamos la síntesis y la concisión en razón del objeto de nuestro escrito! Ni dejamos tampoco de lamentar en el Sr. Aramburu dejos y resabios de una escuela, gracias á Dios, pasada ya de moda.

física, así como la reflexión de la luz. Y este es el error craso y trascendental, porque con unos ú otros nombres y títulos del saber, al fin no se aspira más que á borrar la responsabilidad humana, á matar el gusano de la conciencia. El rubor y el descorazonamiento se apoderan de nosotros, precisados á responder á estas preocupaciones y desvaríos de la moderna sociología.

La imitación.—Conocemos la inclinación humana á copiar cuanto ve, á repetir escenas conmovedoras y frecuentar la senda trillada por sus mayores; que al fin la naturaleza nos envía sus imágenes, las cuales entran y se reproducen en nuestros sentidos, con tendencia á establecer corrientes armónicas, engendradoras de la asimilación. No hay viveza de color bastante para describir el daño que, con sus malos ejemplos, originan los padres, maestros, autoridades, personas de viso y fortuna, cuantos deben ser claros es-

pejos, donde el hijo y el discípulo, las muchedumbres y todo el pueblo respectivamente se miran para formar una conducta autorizada y apropiarse la norma de vivir. Colmados están los libros de apotegmas de filósofos y lecciones de la historia en corroboración del ascendiente, en bueno ó mal sentido, que ejercen los Mecenas de la sociedad (1).

(1) "La acción del mal ejemplo es tan fuerte, es tan rápida, la comunicación del vicio por imitación es tan lamentable, que los moralistas la asimilan á la comunicación de una enfermedad, y le dan el nombre de *Contagio moral*. No es M. Marión el primero que ha empleado esta frase, como lo ha creído M. Caro (*Semblanzas y retratos*, I, pág. 247). M. Despine había publicado ya en 1870 un folleto sobre el *Contagio moral*. M. Emilio Augier había hecho representar en 1866 una notable comedia que tiene por título: *El Contagio*. Plutarco describe también el contagio del vicio como el de una enfermedad: "Necesitan, dice, los jóvenes apartarse de las malas compañías; de otra suerte, llevarán consigo alguna mancha, resultado del contagio con la maldad„. (*Cómo deben criarse los niños*). En su traducción de Diodoro, Amyot emplea la misma

Pero lo que ni la filosofía ni la historia enseñan es que *ese ejemplo que arrastra*, mueva *necesariamente*, como la cadena de un torno lleva los cuerpos; porque las leyes físicas se cumplen en todos los casos, puestas las condiciones de la ley. Nadie vacila en que un cuerpo será arrastrado irresistiblemente por una fuerza superior que lo solicite; pero á pesar de todas las solicitaciones y las influencias de los malos ejemplos, sabemos que ni siempre, ni por todos los hombres son imitados esos ejemplos, y menos forzosamente. De lo contrario, el mundo sería, á la letra, un presidio suelto; sin modelos ni rastros de virtud en la tierra, donde

---

frase, para traducir este su axioma: "Los hombres de buen carácter se modifican frecuentando la compañía de gente mala, ya que la maldad es *contagiosa* y pasa del uno al otro, ni más ni menos que una enfermedad pestilente, infectando algunas veces las almas más virtuosas„. (L. XII). Por último, encuentro la misma frase en La Rochefoucauld y en Séneca.—*El Delito y la Pena*, de Proal, pág. 213-214.

no quedaría Magistrado apto para dictar justicia. Porque, ¿quién no ha presenciado ú oído la perpetración de algún delito?

Digan y pregonen de sí lo que estimen oportuno los sociólogos; nosotros, por fortuna, nos estimamos por personas honradas. ¿Por ventura, no han conseguido la aureola del martirio millares de héroes, por resistir á la provocación, con la que casi materialmente se les compelía, ora á torpezas inverosímiles, ora á la veneración sacrílega de los ídolos?

La miseria.—Repitamos la consideración anterior. Precipita á algunos el hambre á arrebatar lo ajeno; ¿pero cuántos no devoran la amargura de la escasez en el silencio, cuántos, desnudos y desamparados, no mueren ocultos en las bohardillas de las poblaciones? Vasta comarca de mi diócesis tengo yo actualmente sintiendo los estragos de una prolongada sequía, padeciendo todas las agonías del hambre; y los sen-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

timientos cristianos en que abunda la contienen resignada dentro del orden y el sufrimiento. Sin esa fuerza de voluntad, superior á la desgracia ¿cómo sobrellevaría los horrores de la penuria?

¿Y qué diremos cuando el crimen es engendrado en el seno de la abundancia? ¿Pues cuántos delitos no son comprados por el dinero? De abajo á arriba se va en busca del caudal, atropellando por la violencia y el asesinato; pero si no tan enormes, son mayores los crímenes perpetrados desde la altura de la prosperidad mediante el poderío avasallador del oro.

El observador Proal escribe: "Pero sobre todo, lo que pierde á muchos hombres, son los gastos excesivos para la satisfacción de una pasión culpable. Yo he debido condenar á banqueros, notarios, comerciantes, etc., etc..., que poseían buena fortuna, pero también tenían vicios que la consumían. Así es que Franklin, decía que no hay nada tan costoso como el sostener y mantener un vicio. Desgraciadamente, se ha

introducido en las costumbres francesas una modificación lamentable: antes nadie gastaba todas sus rentas y se economizaba mucho: hoy los hábitos del ahorro son muy raros y se vive al día. Las deudas no causan miedo y se gasta más de lo que se percibe: un amor inmoderado al lujo, á los placeres, conduce á faltas de delicadeza, á trampas y engaños, á abusos de confianza y á estafas de todo género... Cuando se piensa en las dificultades de la vida, en los sufrimientos y las privaciones que impone la pobreza, causa admiración que los pobres no cometan muchos más delitos que los ricos. En la riqueza, acompañada de la ociosidad, hay un poder de desmoralización, que es mucho más formidable que la pobreza: es una desgracia nacer pobre, pero también lo es el nacer rico y vivir en la ociosidad. La riqueza inclina al materialismo, mientras que la pobreza conduce al idealismo„ (1).

(1) Pág. 207-208.

Expresiva estadística recoge además el autor de estas líneas en demostración de sus asertos.

La ignorancia.—Audaz es la ignorancia, descomedida y grosera, sin el freno del pudor, para detenerse en la línea de los deberes. Pero es la ignorancia cortejada por el mal corazón, por sentimientos ruines. Que la falta sola de instrucción literaria, pero resarcida por sano caudal de afectos de una educación cristiana, esa no es fuente de maldades, sino frecuentemente manantial perenne de virtudes. No se delinque porque se ignore; se falta por una voluntad mal intencionada y depravada. Así como no ejercemos la virtud, por ser instruídos, sino por poseer una alma generosa.

"Veo lo mejor y lo aplaudo; sin embargo, yo sigo lo peor„, decía el poeta latino. Roma juntó con el florecimiento de las letras y las artes, la más espantosa corrupción. En cambio, los bárbaros germanos, desconocedores de las

letras, eran espejo de virtud para el historiador Tácito.

Continúa el autor antes alabado: "¿Por qué se ha dado en llamar ignorantes, á los que sin instrucción, saben portarse bien? ¿Acaso estos ignorantes no poseen la mejor de las ciencias? ¿Acaso las buenas acciones no valen tanto como las buenas palabras? ¿Acaso una buena conducta no vale más que un poco de ilustración unida á un mucho de presunción? ¿Es que los más ignorantes no son los que no saben portarse correctamente, aunque sean los razonadores más sutiles y adiestrados en todo lo que es adecuado para dar más esplendor á su espíritu y más rapidez á sus actos?„ (1).

No debe olvidarse que el ignorante que obra rectamente, puede juzgar muy bien, porque la rectitud de su voluntad se comunica á su ánimo. La práctica del bien no permite dudar de Dios, del

(1) Platón, *Las Leyes*, III, cit. por Proal, página 184.

alma, del libre albedrío y de la vida futura. Ahora bien; ¿el que posee estas grandes creencias, es realmente un ignorante, aunque jamás haya asistido á la escuela? Al contrario; ¿no acaba por dudarse del deber, cuando jamás se practica, y la voluntad corrompida va unida al error en el espíritu? "El que obra mal, odia la luz„. Así, pues, lejos de tener el privilegio de la sabiduría, el hombre instruído está tan expuesto al error como el ignorante, en punto á las verdades morales. En este orden de verdades, para tener el espíritu justo, es necesario tener sano el corazón y recta la voluntad: el ignorante que obra bien, está al abrigo del sofisma, como el sabio que obra mal se expone á caer en la paradoja...„

"Las estadísticas criminales demuestran también que no hay relación entre la criminalidad y la ignorancia. Se han abierto muchas escuelas, y aún no se ha cerrado una cárcel; al contrario, ha sido necesario construir otras ó ensanchar las existentes. La criminalidad no

ha disminuído, mientras que la instrucción se ha extendido más y más...„ (1)

¿Quién puede dudar de tan discretas observaciones?

Media un abismo desde la instrucción á la educación; aquélla ensancha los conocimientos de la inteligencia, abre al hombre caminos y proporciona recursos para sus inventivas, dejándole indiferente y aparejado para el bien y para el mal; pero la educación es la que hace germinar y nutrir los sentimientos nobles, es la que dispone el corazón para ser timón seguro en los derroteros y en medio de las más deshechas borrascas de la vida. El hombre instruído y no educado corre más de prisa á la perdición por el empuje de sus pasiones y la agudeza de su estimulado ingenio; el hombre educado, aunque no instruído, camina á paso lento, pero firme, entre los peligros del mundo, no corre el riesgo de precipitarse por despeñaderos, sino que, desconfiado de sí pro-

(1) Pág. 186.

pio y con la luz del consejo sano, llegará á tocar el blanco de sus inmortales destinos (1).

¿Qué se infiere de todas estas consideraciones?

Que las causas que unas veces son eficaces y otras no, puestas las condiciones debidas para producir efecto, son causas *ocasionales*, son *influencias morales*, no necesarias; pues *moral* se intitula á la que comúnmente, y fluctuando, produce su efecto; y física, necesaria ú orgánica es la causa que, pre-

(1) "Con cuánta razón dice M. de Maudsley que la "civilización sin la moral y la religión puede hacer brutos; más brutos y, sobre todo, más peligrosos que en el estado salvaje„. *(Revista filosófica,* Abril de 1884). ¿Cómo se puede olvidar que la *Commune* tenía á sus órdenes una *Comisión científica*, al frente de la cual estaba el Dr. Parisel y otros sabios? Esta Comisión, compuesta de petroleros y polvoristas, había organizado varios depósitos de materias explosivas en distintos barrios de París: estos depósitos estaban en relación por hilos especiales con un registro central, desde donde podía partir la orden de hacer volar éste ó aquél barrio„.

supuestas las circunstancias de la ley, siempre y por fuerza da su previsto y natural resultado.

La *imitación*, pues, la *miseria* y la *ignorancia* no pueden considerarse más que como causas morales, que inclinan la voluntad del hombre, pero que no la encadenan ni arrastran necesariamente.

Aquí el origen de la equivocación se halla en el principio que informa la filosofía positivista. Esta escuela presume que no se constituye más que de *hechos* y *realidades;* y rechaza, hasta para su cuerpo de doctrina, toda abstracción, todo *concepto lógico y moral*, sintiendo horror á la metafísica. Pero en verdad, con todo su desdén para esta ciencia, la están empleando sin cesar; como que es imposible el discurso, el asentimiento á una proposición sin relacionar el predicado con el sujeto. Son una contradicción perpétua y viviente. El concepto de *sociedad* no puede formársele el *positivista*, si ha de ser lógico: La *sociedad* no cabe fantasearla,

ni aun como organismo, sin generalizar la idea del hombre, y dar margen al concepto de colectividad, enlazando los miembros componentes. Para el positivista, la sociedad debería de ser una serie de hombres, como fila de árboles, así como las estacas de una empalizada, todo desatado y suelto. Y lo desatado es la imaginación y las teorías de algunos autores singulares.

Reparemos ahora en la manera de explicar la eficacia irresistible que la naturaleza y la sociedad ejercen en el individuo, según ciertos positivistas:

"Un ilustre filósofo contemporáneo dice que toda acción del hombre representa el momento de la intersección de dos líneas de longitud infinita: una que supone la serie interminable de las causas de orden natural, íntimamente ligadas todas ellas, y otra que supone la cadena, también interminable é ininterrumpida, de las causas históricas. En la producción del acto del hombre, que parece un simple efecto del libre querer individual, cooperan, por consecuencia, toda la naturaleza y toda la historia.

„¿Qué resulta de quí? Que la responsabilidad *personal* es insostenible por ser contraria á lo que la verdad exige; que las consecuencias de los actos todos, y, por consiguiente, también de los delitos, deben atribuirse al conjunto innumerable de factores á que obedecen; que la responsabilidad individual debe sustituirse con la colectiva...

„...Pero lo poco que se ha adelantado (en el estudio de las múltiples causas) es suficiente para poder afirmar que el sentido de la responsabilidad por causa de delito, tiene que cambiarse radicalmente, y que en vez de haber responsabilidad personal, concreta, circunscrita, la responsabilidad debe ser *difusa*„ (1).

¡Qué lástima de pluma chispeante, aquí indicada, para comentar el párrafo! Porque, en verdad, lo que se resiste

(1) Dorado Montero.—*Problemas jurídicos contemporáneos*, pág. 24-25.

al más ligero análisis filosófico, se resiste igualmente á la seriedad. Con repugnancia y todo, demos mano á la labor. Y vamos por partes.

"*Un ilustre filósofo contemporáneo...*

Anónimo por lo pronto; su autoridad, aunque sea ilustre, ha de significar poco donde se estiman las razones.

Dice que la acción humana representa el corte de dos líneas de longitud infinita; una, la naturaleza; otra, la historia.

—Está bien; eso de las líneas, es un símil, una imagen, como quien dice, una imaginación del filósofo contemporáneo. Todavía no tenemos un asomo de razonamiento. Y aun la imaginación esa, parece imaginación delirante. ¿Porque quién va á sostener que, porque la naturaleza exista y aun en ella viva el hombre sometido á sus influencias; y porque una historia le preceda, anulará los actos de su voluntad hasta suponerlos más ajenos que propios? Juan insinúa á Pedro lo inconveniente

de los designios de éste; al responder Pedro en castellano puro: lo haré, porque me da la real gana, ¿quién dijera á Juan y á Pedro, que toda esa gana y voluntad, nacidas de un juicio propio y tenaz carácter, son el resultado de que el mundo exista y haya habido unos hombres antes de otros, conviene á saber, siglos prolongados de historia?

Ya que se aduce el símil de la intersección de las líneas infinitas, podríamos preguntar: ¿con qué clase de ángulo se cortan? porque tan abierto puede ser que casi las dos fuerzas ó causas del acto humano, vengan á equilibrarse.

Ni existe semejante par de líneas en la concepción positivista. Pues ¿qué es la historia para el positivista, sino un desenvolvimiento *natural* y orgánico de la humanidad? En ese caso, no queda más que naturalismo puro, la sola línea de la naturaleza. Pero sigamos con el par de líneas. Esa resultante debe ejercer su fuerza igualmente en todos los hombres de una época y aun de distintos períodos. ¿Cómo, pues, obli-

ga ella al Sr. Dorado á escribir ese párrafo y á mí á contradecirle?

Tal resultante mecánica de las líneas infinitas no puede producir más que monotonía general en todas las manifestaciones del ingenio, de la voluntad y el gusto de los hombres. ¿Cómo explicar ahora, por ejemplo, la historia del arte arquitectónico en España, que al gusto romano sucede el eclipse del arte, y al eclipse la luz del género bizantino, y á éste el gótico, y á éste el renacimiento, y á éste el churrigueresco, y á éste el desvanecimiento de todos ó la preferencia de un género pretérito? Y en los idiomas, ¿cómo explicar sus variaciones, y pasar del latín al romance embrionario y tímido, y desde este encogimiento á los vuelos asombrosos de nuestro siglo de oro?.... ¿Y las vicisitudes y cambios de la política en los pueblos?.... Pero basta.

Ahora, la consecuencia.

"Un filósofo ilustre contemporáneo...

Tiene la genialidad de comparar la

acción humana á la intersección de dos líneas.

¿Qué resulta de aquí?

"*Que la responsabilidad personal es insostenible...*"

Eso ni siquiera lo dice ahí el filósofo ilustre; eso lo saca en consecuencia el Sr. Dorado Montero. ¿Y es esa la ciencia de los hechos?

§ 2.º—Más amplio estudio del medio ambiente

Conocemos ya el género de influencia del *medio*, y esta es la coyuntura por tanto, adunados los esfuerzos de los sociólogos, de amplificar la investigación sobre las fuentes de la pública delincuencia. Nosotros nos ceñiremos siempre á los límites que nos hemos prefijado.

No puede negarse que la ciencia adoptada para norma de la vida, es ambiente que nos envuelve, y por ahí han de comenzar los estudios de obser-